

PALABRAS DEL DR. ARTURO MORALES CARRION, EN BARRANQUITAS, EL 17 DE  
JULIO DE 1972

El Instituto de Cultura me ha honrado al invitarme a que ocupe de nuevo esta noble tribuna en esta fecha enclavada en nuestro calendario histórico como fecha de rededicación a lo que Puerto Rico es y significa como pueblo. Compromete, además, mi gratitud la generosa presentación que de mí ha hecho Salvador Tió, cuya pluma viril es luminaria de nuestro periodismo y nos mantiene a todos en jaque con su inimitable estilo, su punzante ironía y el fuego, ya no lento, sino abrasador de sus ideas.

Pertenece Tió y yo a un grupo generacional que ha comenzado a peinar canas y que lleva cicatrices de muchos combates, pero que en este momento crítico de nuestra historia está de pie, con voz clara y enérgica, dispuesto a dar limpia batalla por que al país no le desvíen el rumbo ni le desfiguren la personalidad ni lo conviertan en un archipiélago de feroces tribus contendientes.

Puerto Rico es algo más que una turbia confusión, que una algarabía de consignas, que una manipulación de encuestas. Puerto Rico es algo más que una muchedumbre atolondrada, sólo atenta a lo que cada uno puede lograr para sí, en un mundo que sufre de una alta fiebre adquisitiva. Puerto Rico es un pueblo, no un cuestionario; es una tradición forjándose y vivificándose, y no un mercado de votos al mejor postor. Es una querencia y una vivencia y un estado de conciencia que nos define la personalidad.

Con todos sus cambios y mudanzas y vicisitudes, hay aquí una comunidad histórica que tiene sus maneras inconfundibles de ser, y esa es la realidad primaria de la que todos debemos partir.

De ella partió Luis Muñoz Rivera, y en su azarosa vida pública, esa fue la piedra angular de su gestión, de su esfuerzo, de su batallar incesante. No vivió para embojar al pueblo con dádivas y cantos de sirena, sino para sacudirlo y ponerlo de pie y hacerlo marchar hacia un destino de decoro y justicia.

En el Puerto Rico del siglo XIX, se necesitaba --y permítaseme que aplique aquí una frase de <sup>Don</sup> Miguel de Unamuno-- no sólo que los hombres tuvieran ideas, sino que las ideas tuvieran hombres. Detrás de las batallas ideológicas, de los conflictos de grupos e intereses, del cálido choque de doctrinas, están los hombres y mujeres de carne y hueso que sienten, piensan, actúan y se expresan. Detrás de esos conceptos tan debatidos entre nosotros --del puertorriquenismo y la autonomía, o del incondicionalismo o el asimilismo-- estuvieron siempre hombres reales, no entelequias de pensamiento. Detrás del puertorriquenismo y de la autonomía, se encontraron, por ejemplo, Román Baldorioty de Castro y Luis Muñoz Rivera. Las ideas tuvieron sus hombres.

Cuando los vemos, con esa perspectiva que da la distancia histórica, no contemplamos imágenes de cartón, prefabricadas. Vemos unos hombres erguidos, creando ideas, forjando conciencias, convirtiendo la angustia de hoy en el desafiante gesto de mañana. No los vemos ansiosos y plegadizos, con una voluntad reblandecida por el ansia de la prebenda y del regodeo del alto cargo. Los vemos con una voluntad acerada de servicio, fieles a su conciencia, con la entereza moral del que sabe por dónde va y por qué y para qué va.

No fueron hombres de secta y de frases encasilladas. Comprendieron las realidades del país y <sup>allí</sup> donde vieron <sup>la</sup> injusticia la atacaron

con palabra desnuda. Baldorioty se indentificó <sup>nobles</sup> --como otros/puer-  
torriquenos de su tiempo-- con la lucha inflexible contra la  
esclavitud. Munoz Rivera fustigó los monopolios y el mercantilismo  
voraz que en manos de unos pocos peninsulares esquilaban a Puerto Rico.

En su vibrante artículo, "El Macho de Carga", publicado en La  
Democracia el 18 de septiembre de 1893, describió Munoz Rivera la  
explotación del jibaro, del pobre bracero del interior y de la costa,  
y pintó el cuadro social angustioso con pinceladas memorables: "El  
campesino es el macho de carga que sufre el látigo y baja la cabeza,  
y anda, anda, hasta que un día la debilidad lo postra, el trabajo  
lo rinde y cae en cualquier rincón, dejando tras si la prole mísera  
que en las fatigas y en los vejámenes y en las humillaciones le  
sucede."

En estas y otras frases de Munoz Rivera, quedó la estampa de la  
cultura de la pobreza que por tantas generaciones distinguió a la  
masa puertorriquena. En Baldorioty y Munoz Rivera hubo certera  
vision y clara conciencia de ese patético estado social, y no con-  
templaron al país desde las poltronas de los bufetes de ricos letrados  
ni desde los círculos de la oligarquía financiera y mercantil, sino  
en los campos y bohios y veredas reales de Puerto Rico. No vinieron  
Baldorioty y Munoz Rivera de cunas con cucharas de plata. Vinieron  
de pueblos chicos y rústicos en donde <sup>el</sup> aprender a leer era un privi-  
legio, y <sup>el</sup> tener un mentor que prestara libros, un raro e inapreciable don.

Mientras en Cuba la autonomia era asunto de finas inteligencias  
cultivadas, de oradores conceptuosos que arrancaban aplausos en el  
Ateneo de Madrid, de filósofos sociales en la Habana, quienes no  
lograron un avasallante empuje popular, en Puerto Rico la predicaron  
con la voz más elevada y la voluntad más batallona, estos dos hombres

--Baldorioty y Muñoz Rivera-- que se codearon y fueron uno con el pueblo. Desde que resalta en Baldorioty, desde que se convierte en Muñoz Rivera en una apasionada bandera de lucha, el impulso autonómico --"el gobierno del país por el país"-- tiene detrás la conciencia del problema social y la necesidad de redimir primero al esclavo y luego al bracero, de hacer gobierno de ilustración y no de privilegio, de afirmar derechos para todos y libertad para todos y pan para todos.

"La libertad" --dirá Muñoz Rivera-- "es la expansión completa del pueblo en todos los ordenes de su vida, es el goce amplio y absoluto del derecho. Siendo, pues, uno de los primeros derechos humanos el derecho imprescriptible al pan, la satisfacción en este punto de las sociedades, es una de las primeras atribuciones de la libertad."

Cuando comienza a actuar con gran vigor juvenil dentro de las filas autonomicas, Muñoz Rivera unirá a su pasión social el profundo sentido de lo puertorriqueño. "El partido autonomista" --escribirá en 1895-- "es el del país, el de los oprimidos, el de los que viven lejos de la administracion pública por la voluntad invariable de los dominadores. Bastan esas tres circunstancias, basta la primera, sobre todo, es decir, el haber nacido en el terreno tropical, bajo el espléndido cielo, el amor del medio ambiente dulcísimo que imprime en nuestro ser ansias de gloria; para que el partido autonomista sea, delante de las gentes, el partido de la venturosa redención."

Al hundir la raíz en el sentir puertorriqueño, en la conciencia de la opresión que hubo en su tiempo, Muñoz Rivera nos brinda esta

admonición, tan vigente hoy frente a los problemas de nuestra vida industrial, como lo fue en el Puerto Rico rústico que <sup>a él</sup> le toco vivir. "Pero es necesario agitarse y resistir. Son los partidos nave pujante y audaz que ha de presentar perennemente proa al deshecho oleaje. Variar de rumbo, por temor al vendaval, es caer en desprestigio e impotencia. Soltar el timón y dejarse llevar por la borrasca, es correr fatalmente a estrellarse en cualquier playa, es suicidarse."

Audacia, resistencia y entereza, dentro de una visión de la realidad y no de la fantasía, son para él virtudes cívicas, virtudes políticas. En la pluma y en la voz y en la acción, tiene que estar el hombre de cuerpo entero. ; No son solo los hombres los que necesitan tener ideas; son las ideas las que necesitan tener hombres!

Porque hay todavía un deshecho oleaje en el país; porque hay, a pesar de tanto esfuerzo y de tan denodado empeño por parte de dos generaciones nuestras, compatriotas aprisionados en el círculo de hierro de la pobreza; porque hay todavía un vendaval contrario que quiere que saltemos el timón y nos atemoriza, un vendaval de vientos encontrados que nos quiere llevar al desprestigio y a la impotencia, que nos quiere hacer variar el rumbo, que nos quiere embarrancar y suicidar como pueblo. Hay --como decía Muñoz Rivera-- que agitarse y resistir, hay que ponerse de pie, con la palabra clara y la política recta. ; Hay que empuñar de nuevo el timón y guiar la nave con pericia y sin vacilaciones !

Desde Muñoz Rivera a nuestro tiempo, y sobre todo en las últimas dos generaciones, hemos transformado el país. Hay mucho que justifica el orgullo ante tan dinámico quehacer. Pocos pueblos

en el último <sup>1</sup>cuartode siglo han hecho tanto en tiempo tan breve.  
Los que nieguen esta realidad son ciegos que no quieren ver y sordos  
que no quieren oír. Son los que viven de la pasión sectaria y no  
del sosiego de la razón serena. Pero aquí no hay obra concluída,  
sino <sup>obra</sup>comenzada.

En un país donde la tasa de desempleo va del 12 al 30 por ciento,  
según sea el indicador que usemos, y donde el desempleo incide en  
especial sobre las generaciones jóvenes, hay, a pesar de todo lo  
hecho, sólo obra comenzada. En un país, donde el desempleo contri-  
buye a la ociosidad, a la delincuencia y la adicción a drogas, donde  
es un factor de desorganización social, hay trabajo que hacer y mucho  
trabajo que hacer. En un país, donde aun nos queda una masa de  
pueblo marginada, sin igualdad de oportunidades para la ocupación,  
la salud y la cultura, hay solo obra comenzada. En un país, donde  
el acelerado crecimiento económico de los últimos años ha creado  
un serio desequilibrio de la riqueza y del ingreso, y donde la carga  
contributiva no se distribuye en el sentido de equidad que demandan  
los tiempos nuevos, hay apenas obra comenzada.-

Hay, pues, que igualar las oportunidades, que crear para todos,  
absolutamente todos, los accesos al disfrute de las facilidades de  
una sociedad altamente tecnificada; hay que eliminar el discrimen  
allí donde el discrimen se encuentre. Hay que crear conciencia de  
que la sociedad moderna es una de participación, <sup>de</sup> diálogo y <sup>de</sup> consenso,  
y que la verdad como el poder no los tienen unos pocos ni en una  
gaveta ni en una chequera.

Y hay que predicar la armonía social, no como blandengue  
doctrina de intenciones piadosas, sino como necesidad vital para

entendernos, para un trabajo más humano y productivo, para una sociedad de recia cohesión interior. No nos podemos disolver como pueblo en una serie de fracciones en continua guerra incivil de unos contra otros, como si no llevásemos todos el sello común de nuestro puertorriqueñismo. La intransigencia, la incivilidad, la intolerancia roen nuestra unidad y ya hemos visto como llevan al fanático terrorismo de los extremos. Disentir no es consentir, ¡desde luego!; pero tampoco es subvertir.

El que quiera subvertir nuestras instituciones está a contrapelo de lo que es nuestro pueblo. Aunque haya nacido aquí, es un extraño entre nosotros. Las palabras "traidor" y "subversivo" no deben existir entre puertorriqueños y es deber de los que buscamos la concordia más allá de nuestras inevitables discrepancias, desterrarlas en todo lo posible de nuestro vocabulario político.

La gran corriente histórica del autonomismo que aquí <sup>e invocamos</sup> evocamos ~~X~~ reconoció adversarios, pero no enemigos entre los puertorriqueños, y por eso la renovación de hoy constituye el gran centro vital que puede y debe congregarse, en la convivencia pacífica y creadora, a la gran mayoría de nuestro pueblo.

Existe otra necesidad vital para nosotros en el diagrama de realidades históricas, económicas, demográficas, estratégicas, dentro del cual vivimos. Es la armonía que siempre debe prevalecer con los Estados Unidos de América. Pronto tendremos un siglo de estrechas relaciones. En los comienzos, hubo gran desconfianza de nuestra capacidad, y se nos quiso imponer equivocadas políticas de absorción cultural y lingüística, contra las cuales alzaron la voz Muñoz Rivera y sus compañeros de lucha. Han pasado los años

y no hay fuerza significativa en los Estados Unidos que quiera negarle a Puerto Rico el idioma y la personalidad. Ha surgido respeto ante nuestra voluntad de supervivencia. Sobre ese respecto se ha erigido un sistema de relaciones políticas y económicas que nos ha permitido hacer frente a difíciles retos y que se distinguirá por su flexibilidad y <sup>su</sup>realismo y su potencialidad de ajuste y <sup>de</sup>cambio. La vinculación con los Estados Unidos no debe fundarse solamente en enunciados constitucionales, en la realidad de un solemne convenio o en la existencia de una honrosa ciudadanía, sino en una compenetración cada vez mayor de nuestros problemas y de sus problemas, de nuestras peculiares realidades isleñas y de sus complejas realidades de república continental y de superpotencia.

Tenemos que trabajar firme y persistentemente para que crezca la relación por cuatro rumbos básicos: 1) por el rumbo que conduce al mayor poder de Puerto Rico sobre sus asuntos internos, su economía y su cultura y que es <sup>nuestra</sup>obligación primerísima; 2) por el <sup>rumbo</sup>que nos lleve a más eficaces formas de participación en las decisiones de la Unión Americana que directamente nos afecten, sin sacrificar --nunca!-- nuestra identidad cultural; 3) por el rumbo de la comprensión <sup>por parte</sup>nuestra de las luchas y aspiraciones de la Unión, del fermento de renovación y cambio que hay en su seno y que con el fervor de las nuevas generaciones puede hacer más vigentes que nunca antes los ideales que la originaron; y 4) por el rumbo de la comprensión por parte de ellos <sup>de</sup>que Puerto Rico es un pueblo con personalidad propia, del cual se debe siempre decir lo que bien dijera con frase clara y terminante Don Luis Muñoz Marín en esta misma tribuna en 1967: "El pueblo puertorriqueño no es un reguete de gente que prolifera en una isla, sino un pueblo constituido por su historia y su constitución que no quiere disolverse permanentemente dentro de otro pueblo".